

do en las manos bandejas llenas de pétalos de rosa. La procesión desfila: San José y la Virgen, juntos y protegiendo al Niño, pasan como pasaban en nuestros sueños infantiles: bondadosos, graves, luciendo la Dama su amplio manto de cola, rozagante, de tistú de plata y azul zafir, el Carpintero envuelto en pliegues de terciopelo amaranto recargado de oro... Cabezas calvas, manos que empuñan cirios, uniformes recién cepillados, lustrosos al sol, estridores de música militar, y el hinojo que perfuma más recio, con su aroma agreste y toscano... La gaita, repitiendo un mismo compás de danza regional; el tamboril, alborotando con la ingenuidad de un chico travieso; el palio, el *tra* solemne de sus varas en las losas de la calle...

provincianas, está la humanidad tan viviente y tan activa como puede estarlo en el brillante cosmopolitismo y la agitación desenfrenada del París que se divierte, y que á mí no me divierte sino por la observación.

En esta existencia sin relieve violento, llana y uniforme, el acontecimiento es la llegada de los periódicos. Los dos ó tres primeros días que se pasan en provincia, no se tiene gana de leer diarios madrileños. ¿Para qué? Se viene saturado de esa lectura, mejor enterado que ellos, por las conversaciones, donde se dice y cuenta lo que en letras de molde no puede decirse. A la media semana, vuelve á preocupar lo que «por allá» sucede, y es una emoción, leve, pero al cabo emoción, el oír vocear, en la calle principal, al encenderse los primeros focos del alumbrado, la prensa de Madrid. Un enjambre de pilluelos se esparce, gritando á todo pulmón: «¡Dencia! ¡Berall! ¡Parcial! ¡Paña Nueva!...» Una lluvia menuda de *perros chicos* va ingresando en sus bolsillos rotos y pringosos. En los cafés se lee con avidez; los excelentes padres de familia se llevan á sus casas el periódico preferido, á fin de comentarlo y desmenuzarlo entre el pescado frito y la ensalada de la cena. ¿Qué ha sucedido? ¿Se han descubierto más cómplices de Murrall? ¿Quién viaja? ¿Quién se casa? ¿Quién se muere? Todo esto sazona con sal de curiosidad las blancas rajadas de merluza.

¡Ah! Si el pueblo de provincia es un puerto de mar, cuento entre sus delicias la de comer peces frescos. En Madrid la frescura del pescado es rigidez artificialmente obtenida por el hielo. El pescado que se saca del mar para llevarlo á la cazuela ó la sartén, tiene un jugo y una gracia sabrosa que pierde con los viajes, las preparaciones frigoríficas y el audaz retoque de carmin en las agallas...

Los pueblos de provincia que ven el mar no pueden confundirse con los del interior. Son ventanas por las cuales se divisa una extensión siempre variada, siempre hermosa. El puerto anima la ciudad. Desembarques y embarques hacen latir más aprisa su pulso, con la sana elevación del trabajo activo. Las mercancías le traen nueva sangre, el tráfico da finalidad á su movimiento; surgen fortunas, se crean capitales, el lujo viene detrás del dinero; y algo de fiebre

moderna invade á la provincia, ansiosa de divertirse, ya que trabaja. La paz antigua se resiente á veces de esta inevitable transformación. Por las calles casi solitarias cruza un *auto*, desempedrándolas. Va como alma que lleva el diablo. Afortunadamente no tiene á quien aplastar: los chicos, medrosos ó reñidos ferrozmente por sus madres si hacen alardes de valentía, se refugiaron en los portales ó se achataron en los ángulos de la plazoleta: una vieja, santiguándose, corre hacia el atrio de la iglesia románica, para tomar asilo: una sardinera, en jarras, se ríe, arrimada á la pared, de la facha de aquellos señoritos con antiparras verdes. El monstruo pasa, sin despachurrar á nadie. Un vago asombro flota en el ambiente. ¿Antes tanto estruendo, ahora este silencio hondo, casi palpable? Y la sardinera, con voz clara y juvenil, de gallo encaramado, arroja su pregón: «¡Ay queeee... sardiñas!»

Al obscurecer, las canciones de los niños derraman melancolía. ¿Quién dijo que alegraban la vida las canciones de los niños? En Madrid apenas se oyen, al menos en los barrios céntricos; en provincia, sobre todo las tardes de los domingos, ritman de un modo poético la calma que nos rodea. Los estribillos de esas canciones son folklóricos, y encierran la sugestiva tristeza de la tradición. Hay en ellas elegíacas lamentaciones de princesas Delgadinas encerradas por su tirano padre en alta torre; relatos de los martirios de Catalina, con su rueda de cuchillos y navajas; quejas sollozantes de la doncella que se quería casar y á quien sus padres llevaban engañada al monasterio; apenas si la conocida ronda de las carboneritas de la villa de Arévalo interrumpe este catálogo de antiguas tragedias. El eco puro, cristalino, de los cantos, evoca lágrimas y dolor. Y eso es lo que probablemente aguarda á los cantorillos.

EMILIA PARDO BAZÁN.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

¿No habéis experimentado algunas veces un goce especial, de sedación, con la vida, no digo del campo, sino de provincia?

Salís de Madrid, donde os acosan innumerables quehaceres, infinitas distracciones, impresiones múltiples, reiteradas, de agitación ardorosa y vehemente—noticias, ingeniosidades, chistes, chismes, maledicencias, augurios políticos, juicios literarios fustigadores, solicitudes, asuntos de poco momento pero de gran tráfico, encuentros de amigos, de conocidos que apenas recordáis, de negociantes con quienes tenéis alguna relación momentánea de compraventa; todo el ruido de la sociedad y todo el remolino de la aglomeración humana en una capital casi grande,—y entráis en el apacible remanso de una ciudad de provincia, que, en opinión de muchos de sus habitantes, «está muerta», y que á vosotros no os produce la impresión repulsiva de la muerte, sino la grata del sueño, de la siesta prolongada, que acorta las horas tediosas del día.

Podrá mucha parte de esta impresión ser efecto del contraste; el organismo recibe siempre con placer el cambio; la diversidad es como rocío para una flor mustiada y lacia. Ello es que sentís complacencia. La lucha, esa lucha fiera de los intereses y los apetitos, existe en provincia quizás más intensa y encarnizada que en Madrid, pero á primera vista no se nota: hay que penetrar en la entraña de la provincia para darse cuenta de la batalla sorda que se riñe. Por encima se extiende una capita de vegetación fresca, que parece la misma imagen de la paz, esa vegetación corta y florida de los estanques inmóviles.

Y os halaga, en primer término, la apacibilidad de las calles. La gente va y viene: no es que estén desiertas; únicamente la falta de coches y tranvías, automóviles y pregones ruidosos, les presta esa blanda quietud. Por otra parte, este gentío de provincia no es el insolente y vocinglero de la corte española: no escucháis esas frases secas, insolentes, fanfarronas, que hombres y mujeres, chulos y chulas, cambian con el menor pretexto, sin que medie ofensa ni discusión, sólo por el *sport* de insultarse. Los mendigos son menos tercos y porfiosos; los chiquillos, en cambio, más pegajosos: se ve que andan mejor tratados, y que se les consiente. Los curas no se deslizan furtivos y avergonzados: van con aire tranquilo, bien plegado el manto, camino de su iglesia. El domingo se diferencia de los demás días de la semana, no en el griterío procaz y pintoresco de la fiesta taurómaca, sino en el clangor insistente de las campanas mañaneras, y por la tarde, en la irrupción de muchachas, criadas de servir, que repeinadas y con sus mejores atavíos, inundan el paseo, y van y vienen al son de la música. Muchas tardes de domingo veis que se abren aprisa los balcones y las ventanas; que manos solícitas cuelgan trapos más ó menos ricos, y viejas colchas de damasco prelado, cortinas de percal, banderines descoloridos, las variedades de la colgadura de fiesta. Y un olor de hinojo pisado sube del pavimento de la calle, y señoritas de blusa clara se asoman sostenien-



Colegio de niñas en la procesión de Corpus, Hospital de Beaune, cuadro de J. Geoffroy. (Salón de la Sociedad de Artistas Franceses. París, 1906.)

En los balcones la gente se postra; manos blancas, pequeñas, proyectan la lluvia de rosas hacia el flojón que forma la tela del palio en el centro. Y el oro de las capas pluviales se matiza de colores vivos de pedería: hojas bermejas, hojas carmesíes, hojas pálidas, flotan alrededor y caen despaciosamente sobre los cráneos desplumados y las rizadas pellices. Después de que la procesión se aleja, la calle queda en religioso silencio absoluto, en soledad completa, trascendiendo fuertemente á flores y hierbas campestres; las ventanas siguen abiertas y están vacías; veis pasar á un criado que entra en una casa, llevando en las manos una especie de linterna de hojalata, que sostiene con cuidado exquisito... Es el «helado», el refinamiento característico de los días de procesión. En copas celestes, de pie blanco, se yergue una pirámide amarilla, de mantecado, una pirámide rosa, de fresa, á veces un arlequín, bicolor. La familia espera ansiosamente la llegada de la linterna misteriosa. «Ya lo tenemos ahí», exclama con bonachona alegría el padre. Sobre el velador de la sala—retirado el tapete de *macramé*—se colocan en círculo las copas colmadas; en el centro, la ligera cestilla llena de barquillos. Y la chiquillería, antes de disfrutar su parte, se enguanta con ella los dedos; diez barquillos, diez dedos tiesos que esgrimen riendo los varones contra sus hermanitas...

¿Por qué ha de ser menos interesante este cuadro patriarcal, que el de las señoronas empingorotadas en su *mail coach* y merendando emparedados que el Champagne riega? Declaro que, allí donde la suerte me depara una escena llena de vida, la contemplo con el mismo encanto. Cada día el espectáculo del mundo me parece más digno de fijar en él los ojos; con lo que tiene de malo y de bueno, de cruel y de inocente, de inmoral y de honesto... Y bajo estos suaves y apenas delineados resaltes de las costumbres